

ASTRID LINDGREN

Diálogo con un futuro autor de libros infantiles

Astrid Lindgren



Cuando Pippi cumplió 50 años, algunos ilustradores homenajearon al personaje. El alemán, y también Premio Andersen, Wolf Erlbruch, vio así a la niña rebelde de trenzas en su madurez.

*Astrid Lindgren mantiene un diálogo ficticio con alguien que se propone escribir libros «buenos» para niños, en el que desvela algunas de sus opiniones al respecto. No falta el humor, la fina ironía en esta hipotética conversación que constituye uno de los capítulos del libro **Mi mundo perdido**, publicado en España por Juventud en 1985.*

45

CLIJ209

De modo que quisieras escribir un libro para niños? ¡Pues no eres el único! Muchos literatos, y otros que no lo son, experimentan de vez en cuando la necesidad de escribir algo para niños. ¡Claro, como es tan fácil...! Solamente hay que sentarse a hacerlo, y todo el resto saldrá sin más. Los pequeñuelos se divierten leyendo tonterías. A ver cómo empezamos...

«Érase una vez una estufa de hierro que iba de paseo con su tía Eulalia Krokoblum...» ¡Estupendo! ¡Ya está! No hace falta nada más que reunir a la estufa y a su tía Eulalia e inventar cosas raras y trastadas de los dos, y... ¡ya está listo el libro para niños! Ya me lo pensaba yo...

No hay recetas milagrosas

¿De veras te lo pensabas? No puedo creerlo. Sin duda tienes un poco más de ambición. Quizá tu ambición llegue incluso a tanto que, antes de tomar la pluma, te formules esta pregunta casi inevi-

table: «¿Cómo debe ser un libro infantil bueno?». Si me preguntas a mí, después de reflexionar a fondo, sólo podría contestarte esto: «Tiene que ser bueno». Te aseguro que he pensado largamente en ello, pero no se me ocurre otra respuesta. Tiene que ser bueno. ¿Cómo ha de ser una buena antología poética? ¿Cómo una nueva novela? ¿Por qué no se plantea nadie estas preguntas? ¿Se debe, acaso, a que no existe la receta para escribir una «buena» poesía una «buena» novela, por lo que sólo cabe dejar que el poeta o el novelista se arranque la obra de la profundidad de su alma, sin guía alguna?

«Eso es otra cosa, pero un libro para niños...» Tal vez tú objetes algo así, y confíes todavía en una fórmula milagrosa. Fórmulas sí que hay, claro. O, digamos, recetas.

Se toma un montón de pilluelos y se mezclan bien con dos o tres bellacos de armas tomar. Añádanse entonces un policía tonto y una madre que grita desesperada, todo bien removido con un padre comprensivo. Se sazona todo fuer-

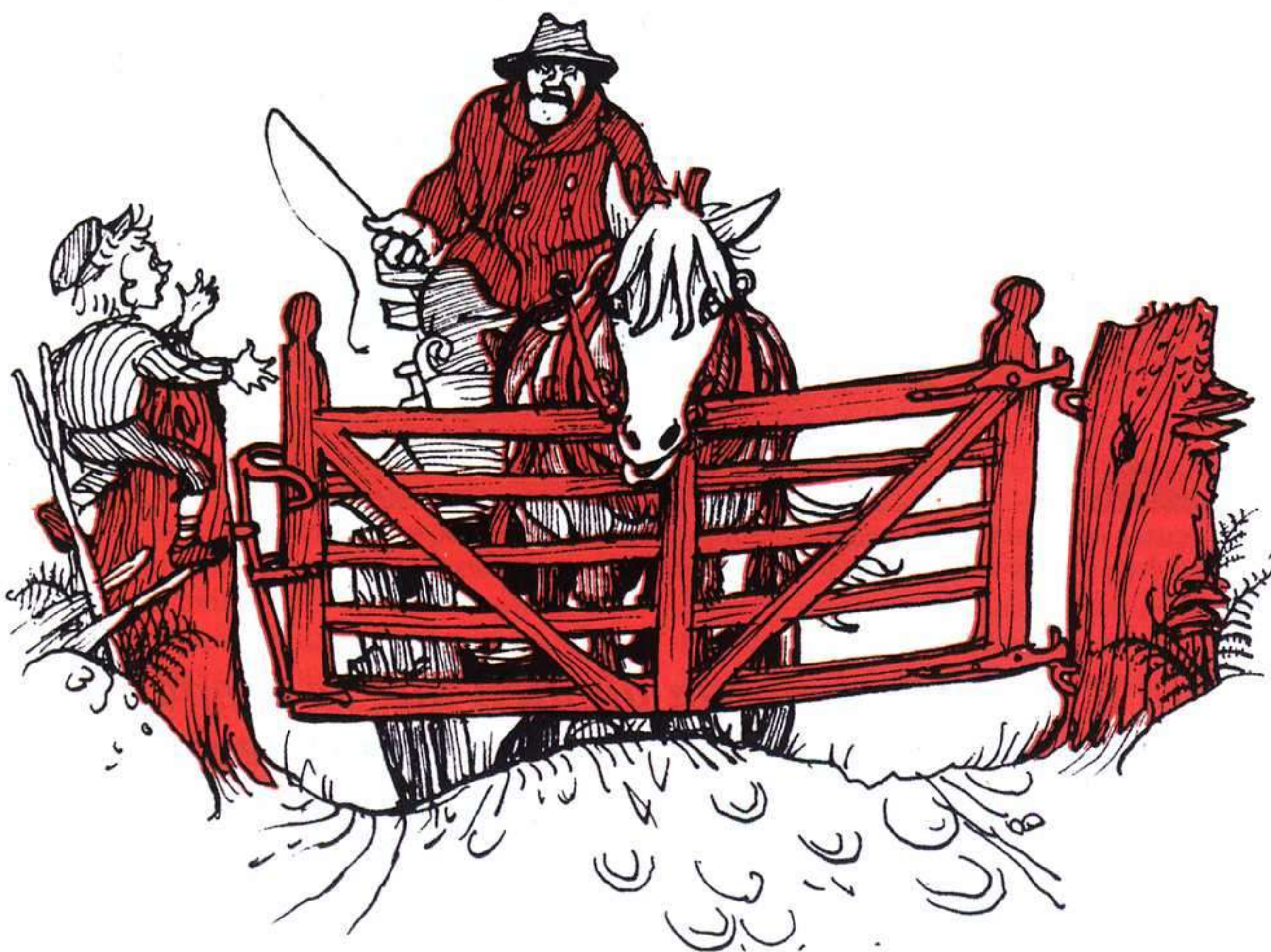
temente con diálogos groseros y peleas furiosas, y... ¡al horno con ello!

Claro que también se puede mezclar la ardillita Kurre con la vieja abuela Lechuza y el pequeño Sven, echar por encima un puñado de bobadas muy picaditas y una docena de bromas bien graciosas, y el resultado será un budín nada despreciable. Asimismo cabe la posibilidad de preparar un plato único a base de los fierabrases más atrevidos y estupendos del mundo, que, sentados en las más estupendas y perfectas sillas del mundo, montan los caballos más estupendos del mundo y saltan por encima de los más altos y difíciles obstáculos del mundo... Sí, claro que hay «recetas», pero hoy, a Dios gracias, ya no se consideran *in*. En la actualidad, los pasteles, budines y pucheros se hacen con unos ingredientes muy distintos.

Toma una mamá divorciada —a poder ser fontanera de profesión, aunque también sirve una licenciada en física nuclear; lo importante es que no cosa y que no sea cariñosa—, mezcla esa mamá con dos partes de agua sucia y un poco de contaminación atmosférica, añade dos partes de hambre universal y otras dos de tiranía paterna o terrorismo de profesores, remuévelo todo bien con varias cucharadas soperas de discriminación sexual y, por fin, añade abundante cohabitación y toxicomanía. Verás como consigues un estofado la mar de sabroso y picante, que sin duda hubiera hecho estremecer a Zacarías Topelius, ¹ de haberlo probado.

Sé que ahora soy injusta contigo. No esperabas semejantes recetas, ¿verdad? Mira: ninguna persona sensata creará que los buenos libros infantiles se escriben según una receta y, naturalmente, tú sabrás también que las reglas para escribir libros para niños (si han de ser aceptables) son tan válidas como para cualquier otro tipo de literatura.

O sea, bromas aparte: tú querías saber cómo se convierte uno en un buen autor de libros para niños, ¿no es eso? Te diré, sinceramente, que lo veo tan difícil como convertirse en árabe o en chino. No existe nadie en el mundo capaz de enseñarte a escribir un buen libro para niños, y no vayas a pensar que yo llevo la nariz muy alta a causa de mis propias obras, y que por eso me considero autorizada pa-



BJÖRN BERG, ALTRE VEGADA EN MIGUEL, JUVENTUD, 1979.



BJÖRN BERG, ALTRE VEGADA EN MIGUEL, JUVENTUD, 1979.



ILON WIKLAND, LOS NIÑOS DE BULLERBYN, CÍRCULO DE LECTORES, 1990.

ra darte lecciones. ¡Nada de eso! Pero trabajé durante casi veinticinco años en una editorial dedicada a publicaciones para niños, donde por mis manos pasaron toda clase de originales, y creo que allí aprendí un poco de lo que a ti puede serte útil. Sólo te transmitiré un par de reglas básicas. Todo lo demás depende únicamente de ti y de tu talento creador.

La sencillez no es un vergüenza

Empecemos por el lenguaje. En mi opinión, lo más importante es que el lenguaje y el contenido de la obra formen un conjunto armónico. Si tú hablas de la ardilla Kurre (¡pero no lo hagas, por favor!), es decir, si te diriges a niños de 5 años, la edad más apropiada para cuentos de ardillitas, no debes emplear palabras y expresiones para cuya comprensión sea necesaria, como poco, una edad de 10 años.

Ahora te has molestado. ¡Realmente no necesitaba pasarte por las narices algo tan lógico! Quizá no. Pero... ¿cómo es entonces, que uno se encuentra continuamente con libros que no pueden ser entendidos por los niños a que van destinados, de tal manera que hay que traducirlos a un lenguaje más sencillo? Recientemente leí una obra para niños de 5 años bastante adelantados en cuanto al léxico. Dado que se trataba de un cuento donde salían enanitos y duendes, difícilmente podía ser para chiquillos de mucha más edad. Pues bien: le leí el texto, sin cambiar nada, a un pequeñuelo de 5 años. Durante la lectura intercalé varias preguntas: «¿Qué significa 'allanar un obstáculo'? ¿Qué quiere decir 'incomodar'? Y cada vez el pobre niño me contestaba: «no lo sé».

En cierta ocasión me dijo un escritor muy importante: «En mi opinión lo mejor es escribir de manera tan sencilla, que hasta un niño lo pueda entender».

Sin embargo, él escribía para adultos intelectuales. En consecuencia, todavía es mucho más necesario que todos aquellos que escriben para niños se expresen de forma que éstos les entiendan. La sencillez nunca es una vergüenza, aunque uno escriba para un nivel superior al de los 5 años. Y es que lo sencillo no tiene por qué ser trivial ni pobre. Los poe-

ILON WIKLAND, LOS NIÑOS DE BULLERBYN, CÍRCULO DE LECTORES, 1990.



RICHARD KENNEDY, PIPPA MEDIASLARGAS, JUVENTUD, 1975.



tas suelen hablarnos de la vida, la muerte y el amor, de lo más profundamente humano, con tanta sencillez, que hasta un niño puede entenderlo. ¿No te habías dado cuenta? Si quieres una receta, toma de la de Schopenhauer: «Hay que emplear palabras corrientes y decir cosas extraordinarias».

Ciertos autores se enfadan cuando uno critica las palabras elegidas por ellos y les pregunta si recuerdan que escriben para los niños. Entonces responden que no hay que apreciar a los pequeños en menos de lo que valen, y que no creamos que hace falta «descender» en el lenguaje al dirigirse a los niños, ya que éstos entienden mucho más de lo que uno supone.

En esto les doy la razón. Creo que debe y puede hablarse con los niños de casi todo, pero es muy importante la forma en que uno se exprese, para que ellos te escuchen. Claro que también se les pueden dar a conocer palabras que nunca habían oído y que probablemente despertarán su interés. Pero de eso a «allanar un obstáculo» y cosas por el estilo hay mucho trecho. No debemos olvidar que los niños cuentan con unas experiencias limitadas. Si, por ejemplo, un autor incluye en un libro infantil la parodia del acta de una sesión o reunión oficial, por graciosa que ésta sea, consi-

dero que pierde el tiempo. Y esto ha sucedido. Porque para poder saborear una parodia es preciso conocer algo de lo que se parodia, y yo sólo sé de muy, muy pocos niños que hayan leído un acta de sesiones.

Escribir con libertad

Así, pues, cuando te pongas a escribir debes tener muy en cuenta una cosa: procura narrar lo que sólo resulta divertido para niños, y que no hace gracia a los mayores. Procura incluir también algo que divierta a niños y mayores, pero no se te ocurra poner nunca en un libro infantil algo que tú sepas que únicamente ha de resultar gracioso para los mayores. No olvides que no escribes para que te encuentren chistoso y ocurrente los críticos. Muchos de los que escriben para niños hacen un guiño a determinado lector por encima de las cabecitas de los pequeños. Buscan un acuerdo con los adultos y pasan por alto a la criatura. Te suplico que no hagas eso ¡nunca! Porque es una desfachatez para con el niño que debe comprar y leer tu libro.

Finalmente, te deseo suerte. Y que lo pases bien, Créeme cuando te aseguro que es muy bonito escribir para los ni-

ños. Espero que tú también pienses así. De lo contrario, déjalo. Confío, asimismo, en que no seas demasiado víctima de la obsesión de «cómo ha de ser un buen libro infantil». Ni hoy, ni mañana, ni pasado mañana. Te recomiendo que no pienses demasiado en eso. Escribe lo que te salga del alma, y con ilusión. Tanto a ti como a todos los demás autores de obras infantiles os deseo libertad, aquella misma libertad que es natural para el literato que escribe para adultos y que le permite decir lo que quiere y como quiere. Si crees necesitar escribir un libro para niños sobre lo difícil e imposible que resulta ser persona en nuestro mundo, estás en tu derecho de hacerlo. Si prefieres hablar de las manías racistas, la opresión y la lucha de clases, ¡házlo! Y si, sencillamente, te apetece componer una poesía sobre una floreciente isla en medio del mar, tienes todo el derecho a hacerlo sin verte forzado a pensar: «¿Y qué palabras riman con agua sucia y marea negra?». ¡Basta! ¡Piensa en tu libertad! Porque, sin esa libertad, la flor de la poesía no tarda en marchitarse. Está dónde esté. ■

Notas

1. Zacarías Topelius está considerado el primer clásico de la literatura infantil sueca.